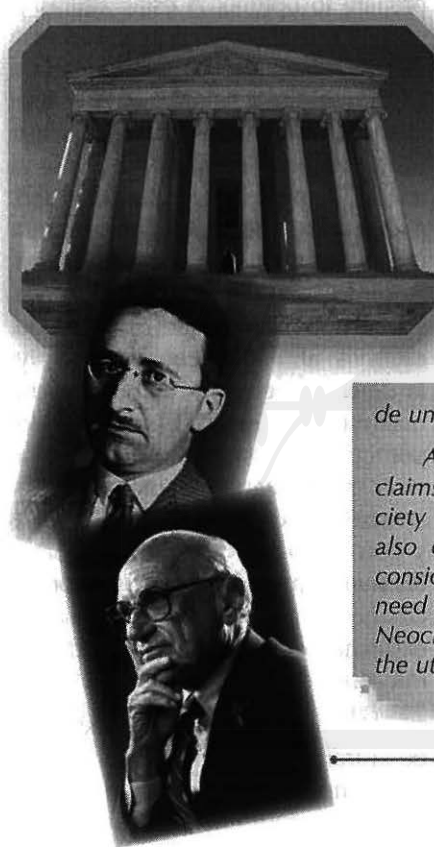


Sobre lo “científico”, lo ético” y lo “fáctico” Ensayando una crítica a la teoría económica neoclásica

BEATRIZ ESCOBAR
 Departamento de Economía
 UCA, San Salvador



RESUMEN: Los supuestos de la teoría económica neoclásica plantean un mundo perfecto basado en el libre mercado. Esta teoría plantea ser la única forma correcta y científica de pensamiento económico. De ahí la importancia de retomar su cuestionamiento. La crítica a fondo de la teoría económica neoclásica, convertida ahora en “pensamiento único” es necesaria por cuanto quiere condenar a muerte “la utopía” de un mundo más justo.

ABSTRACT: Neoclassic economic theory claims that is possible to build a perfect society based on free market. Its partisans also claim that only their theory can be considered scientific. This makes evident the need to criticize it. It is necessary to criticize Neoclassic theory for it wants to condemn the utopia of a world with justice.

1. Introducción

Supongamos la existencia de un mundo formado por fragmentos de tiempo, en el que no hay tiempo continuo —o no nos interesa el tiempo continuo, que para el caso es lo mismo. Más aún, supongamos un mundo sin tiempo, donde todo lo que ocurre pasa de forma instantánea porque el proceso de ajuste es irrelevante. En este mundo de estática comparativa, habita un “consumidor” representativo, capaz de conocer su “función de utilidad”, es decir, un “individuo” que, sabiendo sus “preferencias” por los “N” bienes o artículos entre los que puede optar, es capaz de ordenarlas y formular una función matemática de dicha ordenación.

Supongamos además que, por más que lo intente, a este habitante típico le es imposible saciarse, es incapaz de satisfacer por completo sus “preferencias”, de ahí que siempre va a preferir cestas que contengan más de alguno o de todos los bienes, sobre las que tengan menos. Entre más, mejor.

Sin embargo, este consumidor con tal grado de autoconocimiento se enfrenta a una restricción para satisfacer sus preferencias insaciables: un poder adquisitivo limitado, definido por una cantidad determinada de dinero o de “renta”, también expresada en una función matemática. Evidentemente, tiene un problema: preferencias infinitas y recursos “escasos”¹; lógico es que no podrá comprar todo lo que

desea. Pero, ¿cómo ha obtenido tales recursos? por el momento, no interesa, y tampoco interesa saber cuál es la magnitud de los mismos, o si la renta de este comprador es la misma para todos; sólo es necesario saber que los tiene.

Como se dijo, esta restricción implica que el individuo no puede aspirar a adquirir la cesta de bienes que quiere, la que más tiene, únicamente podrá obtener la que pueda comprar con esa renta dada, que será, automática y felizmente, la que prefiere; es decir, el consumidor prefiere lo óptimo. A estas alturas y conociendo al consumidor, no es preciso explicar que elegirá la mayor cesta que esté a su alcance, la cesta con más bienes que pueda pagar (esto, matemáticamente equivale a maximizar su función de utilidad sujeta a su restricción presupuestaria). Si bien es cierto podría no gastar todo su dinero en el consumo y ahorrar, no hay que olvidar que estamos ante un “consumidor”, y la única manera en que obtiene un máximo de bienestar es gastando por completo su renta². Así, va a estar maximizando su bienestar, va a estar “maximizando su utilidad”, y aún más, será consagrado como un ser optimizador, un ser racional, cuyo comportamiento es interesante explicar desde la “Ciencia Económica”.

Vayamos ahora al otro extremo de la transacción: la producción de los bienes. Para ello, tenemos que suponer la existencia de empresas, de la “empresa racional y duradera”

de Weber, que elabore y ofrezca tales artículos. Es decir, debemos suponer la existencia de un segundo tipo de habitantes, complementarios a los primeros: los individuos-productores.

Pero, detengámonos por un momento para hacernos una pregunta. En definitiva, ¿de qué se trata la tan famosa "racionalidad" correspondiente con el comportamiento optimizador? Para ambos tipos de habitantes implica maximizar el "placer" y minimizar el "dolor", el primero entendido como bienestar, y el segundo como costo. Para los consumidores, maximizar su utilidad de acuerdo a sus preferencias (que siempre son "tener más"), y para las empresas, maximizar sus beneficios minimizando sus costos. ¿Será entonces objetivo de estas empresas satisfacer las preferencias de los consumidores insaciables? De hecho, los productores también son insaciables, pero de ganancias, es su racionalidad. En este mundo reina la búsqueda del lucro y el egoísmo (enfoque microeconómico), valores que no hacen más que permitir el bienestar de toda la sociedad. Es necesario aclarar que, a pesar de lo dicho, en este mundo se considera que las normas morales y la ética no son competencia de la teoría económica "científica", éstas son más bien una intromisión. Lo importante es ocuparse en generar instrumentos metodológicos y no "juicios de valor".

Volviendo a la oferta y para explicar de mejor forma el proceso

productivo, tenemos que suponer otra serie de condiciones: en primer lugar, y dado que es un mundo sin tiempo, el estadio tecnológico en el que se realiza la producción, está dado, al igual que la dotación de recursos para la misma: los llamados "factores de producción". Para ayudarnos aún más, en este mundo de empresas racionales y consumidores también racionales, se suponen los bienes intermedios, materias primas e insumos, incorporados en los factores.

Si la dotación de factores está determinada de forma exógena, es porque éstos deben ser escasos, y la preocupación será entonces encontrar la forma de asignar dichos recursos escasos de tal manera que se tenga la más eficiente de las producciones. El problema es que las empresas, al igual que los consumidores, enfrentan una restricción: un presupuesto limitado para adquirir factores, una función presupuestaria. De ahí que deban considerar, de forma siempre racional, a qué factores y a qué procesos productivos dedicar sus recursos. Es el nacimiento de una forma nueva de concebir el costo: el costo económico o "costo de oportunidad".

Supongamos que durante la producción entran en contacto únicamente dos factores productivos distintos: el capital, reducido a los medios e instrumentos de trabajo; y el trabajo³, ambos en poder de "las familias" o de los consumidores (mercado de factores), cuya distribución también cae del cielo⁴. De

las diversas combinaciones de estos dos factores se generan los distintos niveles de producción, pudiendo ser expresada esta relación a partir de otra función matemática: la función de producción.

Como los individuos que ofrecen el factor trabajo (individuos-trabajadores) son también individuos consumidores, con preferencias definidas y ordenadas, decidirán como tales la cantidad de horas de ocio al día a las que renunciarán a cambio de una determinada remuneración, a cambio de ofrecer factor trabajo a las empresas. Si para un consumidor-trabajador el salario ofrecido está por debajo de la "utilidad" que le genera el ocio, simplemente "preferirá" no trabajar, ya que obtiene mayor bienestar con el ocio que con el ingreso que obtiene de su trabajo. Así, en este maravilloso mundo, no existe desempleo involuntario, todo el que quiere trabajar lo hace, y el que no lo hace es porque no quiere.

Adelantemos un poco y supongamos producidos y vendidos los bienes. Vendría inmediatamente la distribución de lo producido (ex post a la formación de precios). En este mundo cada factor obtiene una remuneración equivalente a su contribución en la producción, es decir, equivalente a la "productividad marginal" del factor. Tal remuneración (el salario para el factor trabajo, la ganancia para el factor capital), es una relación técnica, producto de la "contribución marginal" al producto físico total: cada uno recibe de acuerdo a su aporte productivo.

No hay que pasar por alto un hecho importante. Aunque a primera vista, y tal vez por lógica se podría llegar a pensar que el valor agregado de un bien (fuente de la ganancia) creado durante un proceso productivo proviene por entero del factor trabajo —dado que las máquinas y equipos no pueden crear valor más sí transferirlo—, esto no ocurre en nuestro mundo imaginario. Aquí, suponemos que en efecto, existe la contribución productiva del capital, que bien puede derivarse del incremento de productividad que el capital (maquinarias y equipos) permite.

Para que todo este complejo sistema funcione con armonía, es necesario que exista un mecanismo con tal grado de perfección y conocimiento que haga que ambas partes puedan alcanzar sus objetivos: los unos comprar más y los otros ganar más; un mecanismo que sea insuperable en la asignación eficiente de los recursos. Supongamos para ello la presencia de una "maquinaria" universal, creada con tal ocurrencia e ingeniosidad, que es incapaz de equivocarse —o al menos sus errores son inferiores a los de otros mecanismos "ya probados"—. Este invento, patrimonio de la humanidad, no es otro que el mercado; pero no se trata de cualquier mercado, sino del mercado capitalista. En este mercado capitalista, todo el que entra, se ve envuelto con un halo de divinidad y sabiduría, porque él, como un dios, lo sabe todo, y todo el que entra

puede gozar de esta omnisciencia, e incluso puede prever el futuro, gozar de "La Providencia".

Pero es necesario advertir que este mecanismo "milagroso", que calcula indicadores o precios (que dicho sea de paso son completamente variables), no puede cubrirnos con sus privilegios a menos que se cumplan dos condiciones: la primera, que sea un mercado libre sin restricciones; que ningún individuo tenga el poder para dictar qué hay que comprar, qué hay que producir, o cómo hay que hacerlo; y la segunda, que la competencia entre los productores sea perfecta⁵. Cosa que a la vez exige nuevos supuestos: libre entrada y salida de la industria o del conjunto de empresas dedicadas a producir un bien específico, libre movilidad de factores, y tal vez lo más importante, el conocimiento perfecto, tanto de productores como de consumidores, de lo que ocurre y va a ocurrir (aparece de nuevo la omnisciencia que ya suponíamos para este mercado capitalista).

Como es obvio, en este mundo todo funciona de maravilla, no hay conflicto alguno. La regla es el equilibrio y no la lucha. La libertad ha llegado a su apogeo, ya que el mercado y los precios son libres, y por "transitividad" lo son también sus habitantes.

Aunque lo que hasta el momento se ha dicho parece más de ciencia ficción que de ciencia económica, este supuesto mundo imaginario en realidad existe, y no sólo en

innumerables libros de texto de microeconomía y en muchos de los pizarrones de las aulas universitarias, sino también, y en consecuencia, en la cabeza de una gran cantidad de economistas. Es una teoría económica que se ha convertido, en los últimos treinta años, en la teoría económica. Podemos llamarla Teoría del Equilibrio General de Walras, y al estado de armonía, punto "óptimo de Pareto", en honor a algunos de sus autores. De hecho, este mundo creado durante la segunda mitad del siglo XIX, cuenta con varios autores: además de León Walras y Wilfredo Pareto, aparecen William Jevons (padre de la denominada "revolución jevoniana" y que fue tal vez de los primeros en utilizar el aparataje matemático para formalizar y sistematizar su exposición), el ignorado Heinrich Gossen (también adepto a las matemáticas) Carl Menger, Friederich von Wieser, Eugen von Böhm-Bawek (estos últimos tres pertenecientes a la denominada "escuela austriaca") Alfred Marshall, y más recientemente Friedrich Hayek y Milton Friedman. La mayoría, seguramente nombres familiares para cualquier estudiante de Ciencias Económicas.

A pesar de ser una teoría muy cuestionada por su incapacidad de dar cuenta de aspectos de la realidad, entre otras razones, la "mal llamada" según Dobb "Teoría Neoclásica", sigue siendo la vigente, la considerada como la única forma correcta y científica de pensamiento económico⁶. De

ahí la importancia de retomar su cuestionamiento y el ejercicio de crítica, sobre todo ante la visible necesidad de pluralizar las cátedras universitarias, dejar de suponer que ésta es la Economía, y empezar a distinguirla del resto de escuelas. La labor de desideologización, e incluso de desdogmatización es imprescindible, en especial cuando este pensamiento, autopostulado "el único", quiere condenar a muerte "la utopía" de un mundo más justo, y convertirse no sólo en la antiutopía, sino también y como afirma Hinkelammert en "la sociedad para la que no hay alternativas". Como lo dice Dobb, citando a Hartcourt, "la tradición neoclásica... cree que puede decirnos verdades profundas por medio de parábolas. Las parábolas neoclásicas intentan ilustrar a los creyentes y a los no creyentes sobre lo concerniente a las fuerzas que determinan la distribución del ingreso entre quienes lo perciben en carácter de beneficios y quienes lo perciben en carácter de salario... aun como parábolas deben ser expurgadas... aunque sin duda seguirán repitiéndose por largo tiempo en los comentarios y en las lecciones"⁷.

En este artículo queremos pues ensayar un cuestionamiento a esta ortodoxia económica, a través del planteamiento de tres ejes: su posibilidad "fáctica", su "cientificidad" o su pretensión de serlo, y su "ética" —si es que la tiene o puede llamársele así—. La intención no es sólo contribuir a desenmascarar, y a desideologizar la teoría económica

bajo la cual muchos estudiantes y economistas nos hemos formado, sino también y sobre todo, reivindicar la utopía dinámica, los juicios de valor y la ética como componentes indispensables de una ciencia que es eminentemente humana, pasando por la negación del totalitarismo dogmático que promete dejarnos sin salida.

2. Sobre lo "fáctico"

Lo factible lo comprendemos como lo empíricamente realizable, con una existencia posible en la realidad. De ahí que la crítica sobre la factibilidad sea, probablemente, la más evidente y sencilla, y por eso, la primera en hacerse.

De hecho, y de acuerdo a Hinkelammert, toda la teoría económica neoclásica está elaborada en base a supuestos no empíricos. A partir de un concepto empírico central de realidad precaria, la economía de mercado amenazada⁸, se elabora un marco de categorías en los que aparecen conceptos límites no empíricos y polarizados: el caos, como concepto límite negativo, y el reino de la felicidad, o la competencia perfecta como concepto límite positivo⁹. Si bien todo modelo teórico no es más que una abstracción de la realidad para intentar explicarla (y guiarla), la teoría neoclásica no parece siquiera pretender explicarla, más sí, como lo trataremos adelante, "mitificarla" a partir de tales supuestos no empíricos.

Elijamos tres elementos para apoyar la afirmación sobre la imposibilidad fáctica de esta teoría: el desaparecimiento de las necesidades de las personas tras las preferencias de los individuos; el límite del equilibrio general: los salarios de subsistencia; y, la competencia perfecta como negación de sí misma.

En el mundo idílico de la teoría neoclásica, los individuos no tienen necesidades, sino únicamente preferencias. La demanda de bienes es reducida a un problema de preferencias subjetivas, oscureciendo el problema de las necesidades objetivas. La inconsistencia se inicia cuando este supuesto no empírico pretende aplicarse en un mundo real, donde las personas sí tienen necesidades y viven sujetas a ellas. De hecho, es gracias a estas necesidades apremiantes, y no a la existencia de preferencias, que este modo de producción capitalista existe y funciona.

“De acuerdo a este enfoque, el hombre no requiere satisfacer sus necesidades de alimentación, vestimenta, etc., sino que únicamente tiene gustos o preferencias que le permiten preferir la carne al pescado, el algodón a la fibra sintética, etc.... es [la] visión del hombre como un ser sin necesidades pero con preferencias”¹⁰, como un ser hedonista y egoísta. Y no se trata de un simple cambio de palabras, sino de toda una ideología que manipula la forma de ver la realidad: si los individuos no necesitan sobrevivir, todo se vuelve una cuestión de

“libre elección”. Se trabaja por elección individual y no por necesidad, se deja de trabajar por elección individual y no porque se haya perdido el empleo, se consume lo que se consume por elección propia —dada una dotación de recursos—, y no por escasez o abundancia de ingresos. Más aun, las cuestiones vitales se interpretan bajo esta luz: el enfermo que murió en su casa porque no tenía el suficiente poder adquisitivo para recibir atención en un hospital, no sólo es visto como alguien que “prefirió” morir, sino también como un individuo “racional” y “optimizador”, ya que eligió la cesta de consumo más alta que podía comprar, que en este caso desemboca en no vivir. Sin embargo, nadie pregunta por qué esta persona no tenía el nivel de renta suficiente para “elegir” pagar un hospital, ni por qué existen, en una misma sociedad, personas que sí lo pueden hacer.

Se supone que tal comportamiento optimizador, combinado con un ambiente de competencia perfecta, a la larga y en concierto con el comportamiento optimizador de los productores, nos conduce hacia el concepto límite positivo: el equilibrio general, donde hemos alcanzado el reino de la armonía, el punto óptimo de Pareto. El problema es que, incluso en el modelo teórico, puede existir un punto óptimo de Pareto ahí donde una de las partes de la transacción no tenga nada que intercambiar y la otra lo tenga todo. Es más, si hubiera una

redistribución, y al que tiene todo se le obligara a dar una parte al que no tiene nada, ese equilibrio general intervenido no podría ya generar un óptimo de Pareto, porque al menos una de las dos partes estaría empeorando su situación. Lo "mejor" es entonces dejar intacta la distribución existente.

Mientras que la palabra preferencias supone que la vida ya existe y que no es necesario reproducirla —hace más bien referencia a una decisión de hacerla más agradable o no—, las necesidades suponen una cuestión de existencia material de la vida: "la satisfacción de las necesidades, hace posible la vida; la satisfacción de las preferencias, la hace agradable. Pero, para poder ser agradable, antes tiene que ser posible... Así pues, a la luz de las necesidades se trata de la posibilidad de vivir, mientras que a la luz de las preferencias se trata nada más que de vivir a niveles cuantitativamente distintos, sean mejores o peores. Vemos entonces que el problema de la vida es eliminado por la manipulación del concepto de preferencia"¹¹.

Con tal manipulación se estaría, además, escondiendo el origen y base del funcionamiento de este sistema económico, el capitalismo, ya que si no hay necesidades no hay relación de explotación-dominación entre capitalistas y trabajadores. La producción generada en una economía contiene las condiciones materiales de vida de todas las personas. Sin embargo, ante este

producto, "aparece la posibilidad de apropiación de los medios de producción de unos pocos y de la consecuente reducción de los otros, sea a la simple subsistencia, sea a la pauperización y hasta a la muerte... Aparece pues la posibilidad de la explotación y de la dominación. *Acaparar y concentrar medios materiales de vida es destruir las posibilidades de vida del otro, ya que lo que se concentra y se quita no son simples riquezas sino medios de vida... ninguna dominación puede ser definitiva sin el manejo de la distribución de los medios materiales de vida. Tanto el concepto de explotación como el de dominación aparecen aquí como derivados del concepto de necesidad. Efectivamente, sólo si hay necesidades, y no simples preferencias, pueden darse la explotación y la dominación... frente a simples preferencias no existe dominación ni explotación, ni puede haber plusvalía como resultado de la explotación... por el contrario, donde hay necesidades está en juego una relación de vida o muerte*"¹².

Evidenciar y comprender lo anterior exige la reivindicación de la racionalidad de vida en oposición a la racionalidad de lucro. Así, continuando con Hinkelammert: "El sujeto no es libre para elegir, sino libre para satisfacer sus necesidades. El que las pueda satisfacer en términos de sus preferencias forma parte de su libertad, pero, necesariamente, ésta es una parte derivada y subordinada. Si hay necesidades,

las preferencias o gustos no pueden ser criterio de orientación hacia los fines. El criterio básico sólo puede serlo, precisamente, el de las necesidades"¹³.

Para alcanzar el estado de gracia prometido por el equilibrio general, otro de los supuestos necesarios es el de la variabilidad ilimitada de los precios entre cero y más infinito, lo que supone de forma automática la variabilidad ilimitada de los salarios. En un mercado de competencia perfecta, donde el nivel de empleo es regulado por la oferta y la demanda de trabajo, únicamente se estará en equilibrio si dejamos que estas fuerzas actúen con libertad, lo que activará los "mecanismos automáticos del equilibrio". El desempleo involuntario no puede existir si esto ocurre. Mientras que si el mercado es intervenido, si de forma artificial se fija un salario mínimo por encima del salario de equilibrio competitivo, la consecuencia lógica y esperada será el desempleo. En tal intervención, la teoría neoclásica tiene una explicación para el desempleo involuntario y el argumento necesario para justificar la reducción de salarios y la eliminación de salarios mínimos.

Sin embargo, el factor trabajo no es un simple factor, así como el salario no es un simple gasto. El primero, contenido en la corporeidad de las personas, supone la vida, y el segundo, el ingreso para posibilitarla. Si los salarios pueden variar ilimitadamente en un rango de cero y más infinito para generar

equilibrio, bien podría fijarse (y de hecho lo hace) en un nivel inferior al necesario para satisfacer las necesidades de reproducción de los trabajadores —sobre todo cuando no se calcula en base a ellas—; y si aún fijando el salario por debajo de la línea de sobrevivencia, existe desempleo involuntario, la solución sería más reducción, porque resulta que ni los neoclásicos mismos saben con exactitud dónde está ubicado tal salario de equilibrio competitivo. Esto plantea no sólo un peligro para la clase trabajadora, sino también una inconsistencia en la teoría. El límite del equilibrio general, son las necesidades humanas: si para asegurar la sobrevivencia se impone de forma arbitraria un salario mínimo, siempre y cuando sea superior al de equilibrio, generará desequilibrio (desempleo); pero, si se prescinde de tal límite inferior que hace posible reproducir la vida de los trabajadores, se plantea, en el extremo, la amenaza de la extinción del factor trabajo, caso en que el equilibrio general tampoco podría existir.

Incluyamos un cuestionamiento más. Hemos dicho que la condición para que se dé el equilibrio general es que los precios varíen de forma ilimitada, haciendo a un lado el problema de las necesidades. Sin embargo, aunque el mercado actúe sin intervenciones y los precios varíen de forma ilimitada, el equilibrio y sus beneficios siguen siendo imposibles sin la existencia de la competencia perfecta. ¿Cuál

es la posibilidad fáctica de esta condición?

Veamos qué posibilidades tiene esta competencia perfecta de existir en la realidad. Basémonos en sus supuestos, y específicamente en el del conocimiento perfecto, o previsión perfecta. De acuerdo a Morgenstern, citado por Hinkelammert¹⁴, tal supuesto implica una "paradoja insolucionable", ya que en una relación conflictiva (entendida como de no acuerdo) como la competencia, ni el supuesto de la previsión perfecta puede conducir al equilibrio. Tal relación conflictiva, antes que equilibrio produce parálisis total de la actividad, de la que únicamente puede salirse interrumpiendo la relación conflictiva, es decir, dejando de competir. Así, la competencia únicamente puede producir competencia si deja de serlo.

Retomemos el ejemplo que plantea Morgenstern para mayor claridad:

Cuando Sherlock Holmes era perseguido por su enemigo Moriarty, partía de Londres a Dover en un tren, que hacía escala en una estación intermedia, y él bajó allí del tren en vez de seguir hasta Dover. Había visto a Moriarty en la estación de Londres. Le estima como muy inteligente y supone que Moriarty tomará un tren expreso más rápido, para esperarlo en Dover. Esta anticipación de Holmes resulta correcta ¿Pero qué habría pasado en el caso de que Moriarty hubiera sido más inteligente, y hubiera es-

timado las capacidades de Holmes como mayores, y hubiese por tanto previsto tal acción de Holmes? Entonces, él habría tomado el tren hacia la estación intermedia. Eso debería haber calculado Holmes por su parte y tendría que haber decidido ir directamente a Dover. A lo cual Moriarty por su parte habría "reaccionado" de otra manera. De puro pensar no habrían llegado a la acción, o el menos inteligente tendría que haberse entregado ya en la estación Victoria (de Londres) al otro, porque era imposible cualquier intento de fuga¹⁵.

El conocimiento perfecto de la acción y reacción del "contrincante", conduce, como afirma Hinkelammert, a un progreso al infinito sin solución, del que sólo se puede salir o eliminando el supuesto de conocimiento perfecto de sus mutuas previsiones, en cuyo caso también se eliminaría la competencia perfecta y la posibilidad de equilibrio; o eliminando la relación de conflicto, o sea, la competencia, y con ella de nuevo el equilibrio, ya que la única manera de salir de la paradoja es "acordando", planificando y no compitiendo. De hecho, y como lo afirma Hinkelammert, la razón de la paralización reside en que no se pueden poner de acuerdo entre ellos, en que se trata de una relación de conflicto (criminal y policía), "si actúan de acuerdo, el supuesto del conocimiento perfecto no produce ninguna «paradoja insolucionable». Es la conflictividad de su relación, la que lleva a la para-

doja, si se sustituye la conflictividad por el acuerdo mutuo, la paradoja deja de existir¹⁶. Así, el imposible fácticamente no es el equilibrio en sí, sino el equilibrio competitivo, ya que el equilibrio planificado pudiera, de hecho, existir. Sin embargo, en ese caso habríamos llegado al concepto límite negativo de esta teoría, al caos: la economía planificada¹⁷.

Pero si la competencia perfecta únicamente puede existir a condición de transformarse en su opuesto, significa que nunca puede llegar a existir, y si ésta no existe, tampoco puede hacerlo el equilibrio general ni el óptimo de Pareto, y con ellos, el concepto límite positivo: el reino de la armonía y "la libertad". Con la imposibilidad fáctica, la teoría neoclásica estaría reducida, sin más, a un dogma.

3. Sobre lo científico

Pasemos ahora al cuestionamiento sobre la cientificidad de esta teoría económica. Cuestionamos tal cosa porque, al hacerlo, lo que develamos, de hecho, es que más que ser una construcción "científica", se trata de una construcción "ideológica", con una misión claramente identificable: legitimar una sociedad en contra de las otras, anulando cualquier "pronunciamento alternativo" que ose amenazar su supremacía.

Así, su cientificidad bien podría quedarse en "pretensión", y valdría la misma crítica que hace Hayek a los defensores de la economía con intervención: "la pretensión del co-

nocimiento"¹⁸ y una "errada actitud científica". De ahí que, a pesar de ser cuestionada y puesta en tela de juicio, la vigencia de esta corriente se deba a que es una ideología más que una teoría científica, lo que es preocupante sobre todo cuando consideramos, como bien lo afirma Dobb, que "las proposiciones metafísicas cumplen una importante función dentro de las «ciencias»... la de persuadir a la gente para que adopte determinadas actitudes y lleve a cabo ciertas actividades"¹⁹.

No obstante, la teoría neoclásica intentó presentarse vestida de objetividad, exiliando de su formulación todo "juicio de valor". De hecho, y como lo habíamos mencionado, mucha de su aceptación generalizada radica en que se trata de un modelo teórico muy coherente y cerrado, con pocos cabos sueltos, formulado de forma sistematizada y con mucha simplicidad. Y es, justamente, esta formulación "neutral" y coherente, la que hace que no sea factible²⁰.

Sin embargo, esta reivindicación de la economía positiva sobre la normativa, no llega muy lejos ni es muy efectiva. Como lo afirma Stigler acerca de la obra de J. B. Clark: "introdujo lo que ha sido llamado una ética ingenua de la productividad, ya que su teoría de la productividad marginal contenía una receta al mismo tiempo que un análisis"²¹. En otras palabras, el pensamiento neoclásico tiende a ser muy normativo, por más que se presente como estrictamente positivo —y por tanto incuestionable—: si se quiere disfru-

tar de los beneficios de una economía equilibrada, el Estado no debe intervenir y los individuos deben ser egoístas, es más, éstos deben defender la no intervención, el "sistema de libertades" y la competencia perfecta, como única vía de alcanzar el óptimo de Pareto, el reino de la felicidad y la abundancia, etc.

Para comprender mejor esta problemática, partamos del origen de la escuela de pensamiento neoclásica, de cómo surgió y de cómo se instaló como corriente principal. Pero, antes de ello, es necesario recordar que todo modelo teórico, al ser un punto de vista acerca de la realidad, resalta algunos elementos y deja de lado otros. Muchas veces lo discutible es lo que se queda en tinieblas, lo que no se dice, y peor aún, la razón de su ocultamiento: la manipulación de la realidad y de su interpretación; porque, en el caso de la teoría en cuestión, la intención parece ser justamente ésa.

En el último cuarto del siglo XVIII, en los tiempos del inicio de la sistematización de los conocimientos económicos y del surgimiento de la Economía como ciencia, la gran ortodoxia era la Economía Política. Los autores, conocidos como "clásicos", Adam Smith, Jean Baptiste Say, David Ricardo, John Stuart Mill, etc., y su crítico, Karl Marx, tenían puesta su preocupación en la órbita de la producción, la reproducción de los factores y las condiciones institucionales en las que se llevaba a cabo. Su interés estaba centrado en estudiar el "origen y utilización

del excedente porque pensaban que era a partir de éste y de su acumulación como tenían que estudiar la dinámica de un sistema económico que estaban interesados en comprender"²²; las categorías utilizadas eran pues categorías "históricas" o "institucionales". Para ese entonces, el capitalismo ya era un sistema instalado y en funciones.

Aspecto importante de esta escuela de pensamiento, hilo conductor que une a todos estos autores, es la teoría valor-trabajo, que como su nombre lo indica, les permitió ubicar el origen del valor en el trabajo y, con Marx, descubrir el origen de la ganancia y la explotación en el modo de producción capitalista. Era una teoría "objetiva" del valor. Sin embargo, en la última mitad del siglo XIX, ocurre un cambio importante producto de la desconfianza que la teoría del valor, de los clásicos²³ y del mismo Marx, iba acumulando en algunos círculos de economistas, al grado de llegar a ser considerada no sólo como "inútil", sino también "perjudicial"²⁴. En 1871 se publica la obra *Teoría de la Economía Política* de William Stanley Jevons, con lo que se inicia la llamada *revolución jevoniana*. En ese mismo año se publican además los *Principios de Economía Política* de Carl Menger, ambas obras reconocida como el punto de partida de una nueva época en el desarrollo de la teoría económica²⁵; era un planteamiento "alternativo" al de los postulados de la Economía Política: la "Economía" pura, o como Joan Robinson pro-

cedió a llamar, la "Teoría Neoclásica".

El cambio fue radical. De la atención a las condiciones de la producción, se pasó a la órbita de la circulación o intercambio, donde no hay relaciones de producción ni explotación; de la teoría objetiva del valor, se pasó a una teoría subjetiva y psicológica del valor, que empezó a ser entendido como "utilidad"; y, en definitiva, de un enfoque más holístico e integral, se pasó al predominio de un enfoque microeconómico, incluso en los aspectos agregados y globales, donde lo importante es únicamente "el individuo". Junto con estos cambios, desaparece la preocupación por la reproducción de los factores de la producción, que es sustituida por el concepto de "escasez"²⁶, acompañada por una nueva preocupación: la eficiente asignación; lo que derivó en la desaparición del concepto de "costo" como había sido conocido hasta ese momento, que fue reemplazado por "la borrosa noción" de "costo de oportunidad".

La nueva corriente de pensamiento iniciaba su vida, dijimos, ostentando "cientificidad". De acuerdo a Hayek, la obra de Menger fue la máxima contribución para clarificar la naturaleza del método científico en las ciencias sociales: "lo que en los economistas políticos clásicos es a menudo un poco mezcla de postulados éticos y de instrumentos metodológicos, fue sistemáticamente desarrollado por Menger en la segunda dirección"²⁷. Así, uno de los argumentos utilizados para de-

rrocar la corriente dominante de ese momento fue la poca objetividad y el exceso de "juicios de valor" contenidos en sus análisis ("juicios de valor" que, en ocasiones eran más bien las ya mencionadas categorías históricas e institucionales).

De acuerdo a Guerrero²⁸, este cambio obedeció, más que a una necesidad de rigurosidad científica, a la necesidad de un enfoque más amigable y neutral sobre el futuro del capitalismo, sobre todo después de que los autores clásicos, y por supuesto Marx, no le vaticinaban un futuro prometedor. Era la necesidad de una ideología que legitimara la existencia de la sociedad capitalista, y que además, hiciera creer que independientemente de la realidad, la economía siempre estaba bien.

La preocupación por las condiciones institucionales de la producción, junto con la teoría objetiva del valor de los autores de la Economía Política, les había conducido a la conclusión que era precisamente en tal órbita en la que se generaba el excedente o ganancia de los capitalistas, y que, dado que los medios de producción únicamente pueden transferir valor, más no crearlo, dicho excedente o valor agregado debía de ser generado por el trabajo. Les había llevado además a la identificación del capital como la categoría dominante que subordina al resto de factores dentro de su lógica y proceso, para encontrar, con Marx, la relación de explotación existente entre capitalistas y trabajadores. Por el contrario, y siguiendo

a Guerrero, "el tipo de análisis que comienza a hacerse después del viraje marginalista de la economía neoclásica parece tener mucho que ver, una vez comprendida la esencia de la explotación, con la necesidad de disimularla o, al menos, de presentarla de la manera más edulcoradora posible, a fin de contraponer a esta interpretación —que amenazaba con instalarse mayoritariamente en la conciencia social— una visión alternativa, menos peligrosa"²⁹. De ahí el cambio de atención de la órbita de la producción a la órbita de la circulación, con lo cual se oculta la explotación y el problema de la lucha de clases. A partir de aquí, la determinación de las variables económicas, fue identificada con el mercado. Pero no sólo eso, Guerrero continúa afirmando que para "eliminar todo rastro de explotación del trabajo por el capital... se ve la necesidad de añadir algún factor intangible a los medios que intervienen materialmente en la producción —los medios de producción y la fuerza de trabajo— si se quiere evitar la conclusión de deducir la aparición del excedente a partir de la presencia de la fuerza de trabajo. Sin embargo, apelando a la propiedad o a la abstinencia, los neoclásicos sólo pueden conseguir despojar a la fuerza de trabajo de la capacidad exclusiva de generar excedente si dan una explicación convincente del verdadero papel de estos nuevos factores en el proceso productivo, y que consiste en algo distinto al papel desempeñado ya por los medios de producción"³⁰.

Para terminar, era necesario sustituir el trabajo como fuente del valor, por un fundamento nuevo. En ese momento, la única teoría disponible para hacer este trabajo (por ser la única, según Guerrero, que contaba con una tradición suficiente), fue la teoría utilitarista del valor, luego convertida en teoría de la utilidad³¹ marginal (el cálculo de placer y dolor)³².

Es importante resaltar el papel invaluable que jugaron las matemáticas en todo este proceso. Jevons fue el primero en señalarlo, y en elaborar sus argumentos con planteamientos matemáticos: "Me parece que nuestra ciencia debe ser matemática simplemente porque se trata de cantidades. Siempre que las cosas tratadas sean mayores o menores en magnitud, las leyes y las relaciones deben ser de naturaleza matemática"³³, llegando incluso a sugerir la mecánica estática, como la metodología apropiada para la nueva economía. En opinión de Walras, la "dependencia mutua de los fenómenos económicos... hace indispensable el uso de las matemáticas"³⁴. Si bien no todos los autores compartían esta predilección por la formulación matemática —como Menger y el mismo Hayek—, el papel que juegan en la formalización de esta teoría es ampliamente reconocido. Es más, es gracias a tal formulación matemática, que puede incluso pasar por una teoría coherente y "científica", que deja fuera cualquier elemento o relación que no pueda ser cuantificable o expre-

sada de forma matemática, como parece de hecho la microeconomía. En consecuencia, se deriva la tendencia a la optimización, y por lo tanto, la "asignación eficiente" como objetivo último³⁵.

Y es ésta, precisamente, no sólo otra razón de su vigencia, sino también la mejor manera de convertir a una ideología en ciencia. El grado de abstracción sería tal que no parecería poder ser afectado por influencias "ideológicas" no demostrables. Tal fue el intento de esta teoría por parecer objetiva, exiliando toda "intrusión no científica" e intentando establecer el papel del economista "puro" y éticamente neutral. Se estableció entonces la frontera, hasta el momento difusa, del campo de estudio económico. Así, los problemas de posesión de la propiedad o las relaciones sociales, los conflictos de clases y la desigualdad de ingresos, cayeron fuera del dominio de los economistas (eran más bien del ámbito del sociólogo o del historiador), y el problema del origen del excedente no podía siquiera ser formulado dentro del análisis económico³⁶. En definitiva, fue el paso de las categorías históricas a las "suprahistóricas", como les llama Dobb, independientes de las condiciones institucionales de un sistema específico, y por lo tanto, no críticas frente al mismo³⁷.

Este problema de oscurecer la realidad, pasa por la transformación de las relaciones sociales de producción, en relaciones "técnicas" de factores, hasta el punto, como

afirma Dobb, "de perder de vista la existencia misma de estos individuos. Esto lleva a presentar la Economía como una «ciencia técnica», y a las relaciones sociales como derivadas de relaciones técnicas. En el mejor de los casos eran visibles en el trasfondo, como entidades borrosas y fantasmales carentes de contenido social sustancial y aun de un perfil claro"³⁸. Al relacionarse cosas y no personas durante el proceso de producción, no hay problema social de dominación, ni de explotación. Se legitima a la vez una forma de distribución de lo producido. Al no estar vivos los "factores", su remuneración no toma en cuenta la sobrevivencia de los mismos, y cada uno es remunerado de acuerdo a su "contribución productiva", ya que, después de todo, son sólo factores. Se nubla, de esta manera, la expropiación del capitalista al trabajador, y, como se dijo, la remuneración del capital aparece como un premio a la abstinencia y al ahorro. El capital, es transformado en un mero factor (como si, dice Dobb, se tratara de alguna sustancia primaria, de carácter metafísico, que formara el sustrato de todos los bienes de capital³⁹), dejándose de lado el hecho de que se trata de una categoría que impone una forma determinada de producción y unas relaciones sociales de producción establecidas, esto es, que implica un modo de producción⁴⁰.

La distribución, en los clásicos, era una precondition de la formación de precios, contrario a lo que

ocurre con la escuela neoclásica, donde la distribución se deriva del proceso general de formación de precios. De ahí que se admita el supuesto de que los consumidores están dotados de una cantidad determinada de renta cuando van al mercado a satisfacer sus preferencias⁴¹. Sin embargo, como afirma Dobb, "una teoría de la distribución, si se concibe como una teoría de precios derivados de los servicios productivos o factores, no puede ser independiente de la distribución inicial del ingreso como premisa esencial"⁴², a lo que agrega que la diferencia entre ambos planteamientos es que, para el enfoque clásico la distribución es tratada como un resultado de las instituciones sociales (forma de propiedad) y de las relaciones sociales, mientras que en el neoclásico aparece como determinada por las condiciones del cambio. En un caso se determina desde fuera, y en el otro desde dentro del proceso de los precios de mercado. Así, pareciera que la distribución del ingreso es totalmente independiente de las instituciones de propiedad y de las relaciones sociales de producción, algo suprainstitucional y suprahistórico⁴³. Esta es una de las razones por las que este autor afirma que el epíteto "neoclásico" es inapropiado y hasta erróneo para nombrar tal teoría.

Llegaríamos entonces a la misma conclusión del apartado anterior, la corriente dominante de pensamiento económico, al no ser una construcción meramente "científica", sería

más bien un dogma, una ideología para persuadir, generar y reproducir actitudes y comportamientos específicos.

El intento de exiliar la ética o los "juicios de valor" de la "ciencia", nos parece además un esfuerzo estéril y peligroso, en tanto toda ciencia es eminentemente ética por ser humana (y además, como diremos adelante, utópica). De ahí la importancia del cuestionamiento "ético".

4. Sobre lo "ético"

Dentro de la formulación de cada modelo económico, se presentan parámetros éticos que sirven de medida sobre lo bueno y lo malo, a partir de los cuales son juzgados los resultados de una determinada forma de funcionamiento de la economía.

Para el caso de la teoría económica neoclásica, a pesar de su intento de "neutralidad" ética, puede identificarse como parámetro la eficiencia formal (optimización), con la que los resultados del mercado se vuelven "incuestionablemente éticos". Esta eficiencia, se contrapone a cualquier otro parámetro ético, es más, éstos reciben su validez en la medida en que aportan al cumplimiento de aquél, y son invalidados en caso contrario⁴⁴.

Hinkelammert⁴⁵ habla de la anulación del resto de valores en nombre de la eficiencia, y por ende, de la invalidación de cualquier al-

ternativa que se presente en nombre de cualquier otro valor, por ejemplo, la justicia. De hecho, la justicia —dirá— “consiste en el respeto a los resultados del mercado, no se puede juzgar esos resultados en nombre de la justicia, porque son tautológicamente justos”⁴⁶. En tanto más eficiente es un participante, más “justo” es el mercado con él. El mercado únicamente puede arrojar resultados “injustos”, cuando sus leyes no son respetadas, cuando es intervenido, ya que, como afirma Hinkelammert, pareciera existir una identidad entre las leyes del mercado y la ética, parecieran ser lo mismo⁴⁷. Con ello se anula cualquier crítica proveniente desde cualquier otro parámetro ético. Si la eficiencia es la ética, y los resultados del mercado son eficientes, éstos, no pueden criticarse en nombre de la ética, porque de hecho, tales resultados, lo son.

Desde tal punto de vista (totalitario podría decirse), la sobrevivencia humana, la posibilidad fáctica de vivir o racionalidad reproductiva, como le llama Hinkelammert, es invalidada como criterio de acción. En una economía de mercado, los criterios deben ser mercantiles. Se tendría entonces, sólo un “derecho”: “el de tener una economía de mercado, y por tanto una sociedad capitalista. Al ser justo el mercado, son justos sus resultados. Un derecho que critique esos resultados, es más bien una injusticia”⁴⁸.

El problema de validar la eficiencia por encima de la racionalidad

reproductiva, es que puede conducir al exterminio de la humanidad y de la naturaleza, al destruirlas en su nombre: desempleo, pobreza, marginación, deforestación, contaminación, etc., que parecen ser algunos de los “eficientes” resultados del mercado capitalista. Aunque, como lo dice Hinkelammert, si la eficiencia es eficiente, tal destrucción no tendría que existir; si existe es que puede que dicha eficiencia no es suficientemente eficiente: “hay que tener dudas sobre la eficiencia de la producción de riqueza, si ella destruye acumulativamente las mismas fuentes de esta riqueza producida”⁴⁹, las personas y la naturaleza. Así, la eficiencia, para ser eficiente, tendría que incorporar la procura por la reproducción de las fuentes de riqueza producida, la preocupación por la reproducción de los factores de la producción, sin embargo, el parámetro ético es la eficiencia y la preocupación por “la asignación”, y, desde este punto de vista, la eficiencia sería más bien una negación de sí misma. Al amenazarse la vida en nombre de la eficiencia, se estaría amenazando la eficiencia misma. Parecería un parámetro ético suicida y miope.

La ética, al ser condición humana, tendría que estar asentada en las necesidades de sobrevivencia, y el parámetro ético tendría que ser justamente ése: posibilitar la reproducción de la vida, y tendría que serlo de cualquier corriente de pensamiento y de cualquier modo de producción que quiera sobrevivir a futuro.

5. Reflexiones finales: sobre la antiutopía y la utopía

A estas alturas, el mundo supuesto en un principio, no parecería ser sólo irreal, sino también peligroso. Y el peligro no se queda en si es factible o no, de hecho, tendría que dejar de ser peligroso al no ser factible, pero no es así. Lo peligroso y preocupante es la carga ideológica que implica, la racionalidad que pretende universalizar y que interpreta como universal; es más, su peligro radica en su resistencia a morir, porque a pesar haber sido ampliamente atacada, sigue viva. Y sigue viva en las aulas universitarias, desde donde se reproduce para continuar su dominio.

La teoría neoclásica, presentada con mucha pompa y "rigurosidad" en las cátedras y libros de texto, con su aceptación ciega a un mercado capaz de hacerlo y saberlo "todo", y a una sociedad perfecta fundamentada en él, es también una utopía. Pero no es una utopía, dirá Hinkelammert, percibida como tal sino identificada con "realidad", una utopía que ostenta el puesto de "antiutopía", de negación y exterminio del resto de utopías. De ahí su autoproclamación como "pensamiento único" y "fin de la historia". Es una utopía totalitaria y estática, ya que cuando se ha llegado a la "sociedad por alcanzar", ésta se transforma en "la sociedad que vale la pena conservar y defender" a toda costa y con apego. Todo intento de cambio, e incluso de propuesta "alternativa", es visto como "utó-

pico", y por ende, "peligroso", por irreal. La "sociedad que vale la pena conservar" no puede ser criticable, al menos de forma legítima⁵⁰.

Pero esta alternativa de la no-alternativa, según Hinkelammert, lo es solamente para los que pueden vivir y para los que quieren morir. Los que pueden vivir (que no será por mucho tiempo porque el límite de su vida es el límite de la vida en general) son los capitalistas, para los que está diseñado este modelo; y los que quieren morir, los suicidas, son los que sin ser capitalistas, apoyan esta racionalidad, ya sea por ignorancia o por interés. Para el resto, para los que queremos vivir, siempre habrá alternativas, y su planteamiento se convierte en un deber frente a la racionalidad perversa de muerte que niega la vida como fundamento de la acción. Así, será realmente "alternativa" si plantea la posibilidad de vida de todos los seres humanos y de la naturaleza como fundamento de la misma, lo que supone el reconocimiento mutuo como seres humanos. Implicaría pues, la utopía frente a la que se defiende la antiutopía. Esta alternativa si quiere perdurar, no debe cometer el mismo error que la "alternativa" actual, no debe dejar de ser "la sociedad por alcanzar", debe ser dinámica, mutable, adaptable, y siempre fundamentada en la racionalidad de vida, de lo contrario también cabe la posibilidad que se transforme en el dogma de la "sociedad que vale la pena conservar" y pierda su carácter de alternativa.

Así, en tanto condición humana, la utopía supone que siempre hay y habrá alternativas, negando la tesis del fin de la historia. Si una utopía se convierte en fin de la historia, se convierte en el fin de la humanidad, y no puede, por tanto, ser utopía, por no ser humana.

Al estar fundamentada en la posibilidad de vivir, la utopía nos conduciría además a la libertad. No a la libertad de los precios y del mercado, sino a la emancipación humana, la emancipación de las necesidades humanas, donde empieza la libertad: "la reproducción de la vida real no es ella misma libertad, sino la condición de posibilidad de su ejercicio"⁵¹.

Pero para ello, se hace imperativa la existencia de un enfoque plural en la enseñanza de la Economía, ya que al ser las aulas universitarias centro de reproducción de la ideología neoclásica, su neutralización debe comenzar, o al menos, presentarse, desde ahí. Mientras esto no ocurra, por más que se le critique, la escuela vigente no dejará de serlo, y continuará actuando y existiendo desde la mente de los economistas⁵².

Si bien toda ciencia que busca elaborar principios reales repetitivos para predecir el futuro, es también utópica, y es, además, eminentemente ética, por ser humana, el problema de la científicidad de la teoría neoclásica no es que incluya juicios de valor, sino que pretenda serlo sin serlo, es que pretenda negar su naturaleza de ideología, así como

su naturaleza de utopía estática convertida en anti-utopía.

Podríamos utilizar para terminar, la misma afirmación de Menger cuando hizo su propuesta: vale más un planteamiento errado, que seguir repitiendo la misma falacia, "romper con la monótona repetición de las cuestionables doctrinas vigentes es un servicio positivo, aún a riesgo de cometer un nuevo error"⁵³.

6. Fuentes y bibliografía

- Dobb, Maurice. *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica*. Editorial Siglo XXI. España, 1978; *Capitalismo*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/dobbcapitalismo.htm
- Friedman, Milton. *La tiranía de los controles*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/friedman_controles.htm;
- Guerrero, Diego. *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Editorial Trotta. Madrid, 1997.
- Hayek, Friedrich. *La Tendencia del pensamiento económico. Ensayos sobre economistas e historia económica*. Unión Editorial. Madrid, 1991. *La pretensión del conocimiento*. Discurso pronunciado en la ceremonia de otorgamiento del premio Nobel de Economía, diciembre de 1974. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/hayek_conocimiento.htm; Introducción a la obra *Principios de economía política*. En: www.eumed.net/cursecon/textos/men

ger/introduccion.htm; *Los orígenes de la libertad, la propiedad y la justicia*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/hayek_Origenes.htm *La libertad y el sistema económico*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/hayek_libertad.htm;

- Hinkelammert, Franz. *Crítica de la razón utópica*. Editorial Desclée de Brouwer. Bilbao, 2002; *Crítica al sistema económico capitalista desde la ética*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/Hink-critica.htm www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/Hink-critica.htm
- Pareto, Wilfredo. *Sobre la utilidad*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/Pareto-sobrer_la_utilidad.htm
- Weber, Max. *El desarrollo de la ideología capitalista*. En: www.eumed.net/cursecon/economistas/textos/weber-ideolog.htm;

NOTAS

- 1 Nótese que tal escasez de recursos está íntimamente relacionada con la "estática" de este mundo. Si el mundo es estático, significa que no habrá "otro período de compra" ligado o continuo al período presente, y que por lo tanto no es necesario procurar la existencia de recursos para poder "demandar" bienes en ese siguiente período, ya que también ahí los recursos estarán dados. No es necesario preocuparse por la reproducción de dichos recursos, más sí por su buena utilización, por su "eficiente asignación".
- 2 Si no lo hace, el personaje observado no debe ser habitante de este mundo. También este punto se relaciona con la
- 3 Se puede suponer también la existencia de recursos naturales, en cuyo caso sería considerado como un tercer factor. Sin embargo, lo común es que se considere incluido en el capital.
- 4 Obsérvese que con esta forma de concebir la propiedad de los factores, se elimina la existencia de clases sociales, y por ende, de los problemas que surgen de esa división. Al menos teóricamente o mejor, ideológicamente: Si los factores están en posesión de "las familias", no existe ni puede existir distinción alguna entre el propietario del capital (capitalista) y el propietario del trabajo (trabajador), ya que una misma familia tiene en su haber ambos factores, y recibe por ellos ambas remuneraciones: utilidades y salarios; por ende no hay relaciones sociales de producción, sino relaciones técnicas, no hay clases sociales, no hay conflicto de clases ni explotación. El sistema económico funciona en perfecta paz. El que haya desigualdad entre la cantidad de capital y trabajo que cada familia posee no es cuestionado, le compete más incluso, a la "buena fortuna".
- 5 Con lo que la condición de optimización sería: $\text{precio} = \text{costo marginal}$. Los consumidores pagarían el costo exacto de producir la unidad que demandan. Estarían maximizando su utilidad, a la vez que se estarían maximizando las ganancias de las empresas. Es a través de esta estructura de mercado con que se agotan todas las ganancias mutuas derivadas del comercio voluntario.
- 6 Veremos que mucho de su prestigio y aceptación ha tenido como base su grado de sistematización-formalización, coherencia matemática y simplicidad.

- 7 Maurice Dobb, *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y Teoría Económica*.
- 8 Amenazada por los soñadores que pretenden un mundo mas “justo”, y al hacerlo únicamente consiguen el caos.
- 9 Franz Hinkelammert, *Crítica de la Razón Utopica*, pp. 134 y 135.
- 10 *Ibid.*, pág. 149.
- 11 *Ibid.*, pp. 322 y 323.
- 12 *Ibid.*, pág. 323 (lo subrayado es nuestro).
- 13 *Ibid.*, pág. 322.
- 14 *Ibid.*, pág. 153 en adelante.
- 15 *Ibid.*, pág. 153.
- 16 *Ibid.*, pág. 156.
- 17 Señalemos, de forma adicional que, si estamos suponiendo un estado estático, la competencia deja de ser entendida como rivalidad y lucha intensa entre empresas por ganar mercados, aplicando innovaciones tecnológicas para reducir costos y/o mejorar productos. En el mundo neoclásico de la competencia perfecta, todas las empresas son “precio aceptantes” —se supone que ninguna puede influir en el precio al que venden sus bienes—, con lo que se les transforma en agentes pasivos. Es por esto que no se consideran, dentro del modelo, los cambios tecnológicos para reducir costos y pelear mercados. La empresa neoclásica “competitiva” se limita a calcular (ensimismada) el tamaño óptimo de la empresa para un nivel de producción determinado.
- 18 Ver Friedrich Hayek, *La Pretensión del Conocimiento*; discurso pronunciado con ocasión del otorgamiento del premio Nobel de economía, diciembre de 1974.
- 19 Maurice Dobb, *Op. cit.*, pág. 16. (Las cursivas son nuestras).
- 20 Con lo que nos enfrentamos a una contradicción entre el nivel de abstracción y la “objetividad”, con la “aplicabilidad” y capacidad explicativa de la realidad. Contradicción que sólo dejamos apuntada.
- 21 Citado por Dobb. *Ibid.* Pie de Pág. Número 21, Pág. 195.
- 22 Guerrero, Diego; *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, pág. 26.
- 23 Especialmente de Ricardo.
- 24 Etapa que fue preparada por los, llamados por Marx, “economistas vulgares”, tales como Malthus, Say, Senior, etc.
- 25 Ver Introducción de F. A. Hayek a la obra de Carl Menger, *Principios de Economía Política*, pág. 2.
- 26 Aunque, de acuerdo a Hayek, Menger no utilizó esta palabra en ninguna ocasión en su libro, fue sobre esta idea en la que fundamentó todo su análisis. Él hablaba más bien de “cantidad insuficiente”. Tampoco fue el el primero en utilizar la palabra “utilidad límite”, definida por su seguidor Wieser —al igual que la “asignación” y el “costo de oportunidad”—, aunque sí habló de “la significación que alcanzan para nosotros unos bienes concretos o cantidades de bienes, por el hecho de que tenemos conciencia de que dependemos de su posesión para la satisfacción de nuestras necesidades”, y describe la magnitud de ese valor como igual a “la significación de la satisfacción menos importante que puede alcanzarse mediante una cantidad parcial de la cantidad de bienes disponibles” (llama la atención que para ese momento aún se hablaba de “necesidades”) *Ibid.* Pág. 7.
- 27 *Ibid.* Pág. 12.

- 28 Guerrero, *Op. cit.*
- 29 *Ibid.*, pág. 27.
- 30 *Ídem.*
- 31 “La continua reflexión y la investigación me han conducido a la idea, algo novedosa, de que el valor depende por entero de la utilidad. Las opiniones prevaletentes establecen que es en el trabajo, más que en la utilidad, donde se encuentra el origen del valor... con frecuencia se encuentra que es el trabajo el que determina el valor, pero sólo de una manera indirecta, al hacer variar los grados de utilidad de una mercancía mediante un incremento en la oferta” Menger, *Teoría de la Economía Política*, citado por Dobb, pág. 187
- 32 Jevons incluso habla de “los embrollados y absurdos supuestos de la escuela ricardiana”, opinando: “nuestros economistas ingleses han estado viviendo en un paraíso de tontos”. Walras agrega: “Puede decirse que cualquier economista que busca la causa del valor demuestra que no ha entendido nada del fenómeno sintético del equilibrio económico”. Citado por Dobb, pp. 187 y 223.
- 33 Citado por Dobb, pág. 203.
- 34 *Ibid.*, pág. 223
- 35 La estática comparativa les hizo caer en el descuido de las condiciones dinámicas, o de la posible existencia de equilibrios múltiples correspondientes a distintos niveles de empleo de factores. Mucha responsabilidad tuvo la cláusula *ceteris paribus*. Ver Dobb, pp. 192-193 para ampliar al respecto.
- 36 Dobb, pág. 192.
- 37 Aunque la solidez de la nueva teoría ortodoxa se puso en duda durante la Gran Depresión (1929), lo que permitió un planteamiento “salvador” un poco más objetivo, el keynesianismo, una vez con-
- jurada la crisis, los postulados neoclásicos retomaron su fuerza y se instalaron en la enseñanza y práctica económica, hasta la fecha. Al respecto, es interesante la opinión de Guerrero acerca de Keynes: “detengámonos en la figura de Keynes, porque a veces se tiene una falsa impresión de lo que significó esencialmente la aportación keynesiana. John Maynard Keynes, como su contemporáneo Joseph Schumpeter, fue un burgués y un liberal toda su vida, pero ello no le impidió percibir que el capitalismo sufría de problemas que podían poner en entredicho su supervivencia, y que, para garantizar ésta, un liberal coherente no debe tener inconveniente en recurrir a la intervención del Estado (porque de lo que se trata es de salvar el capitalismo, aunque sea a costa de renunciar al *laissez faire*)... su único objetivo consistió en intentar, como sus colegas neoclásicos, dar larga vida al enfermo —la economía capitalista—, pero en su caso, ante la gravedad del nuevo diagnóstico, recurriendo a un tratamiento de choque, incluida la administración de medicinas que sus colegas creían innecesarias frente al simple recurso de convencer verbalmente al paciente que su salud era inmejorable, y que lo único que había que hacer era esperar a que se curase solo el catarro”. Guerrero. Pág. 30.
- 38 Dobb, pág. 194.
- 39 Dobb, pág. 273. En pie de página cita a Piercy Ravenstone: “él [el capital] no tiene sino una existencia metafísica... es como un éter sutil de los filósofos más antiguos... no es menos útil para nuestros economistas de lo que fue para los filósofos. Sirve para explicar cualquier cosa, que no pueda ser explicada de ninguna otra manera”.
- 40 Se ha escondido hasta el nombre “capitalismo”. De acuerdo a Dobb, se hace

- querer ver como si el capitalismo ha existido siempre, incluso no se usa ese nombre, ni se identifica con un modo de producción determinado. En todo caso se piensa en una definición más “inofensiva” y por tanto superficial, como el “sistema de iniciativa individual y libre”, o sino como sinónimo del régimen de “libre competencia o libre mercado”. Ver para ampliar al respecto, Dobb, *Capitalismo*.
- 41 Hay dos tipos de distribución: las dotaciones iniciales de recursos que cada individuo tiene antes del intercambio, que bien podría decirse que viene de cielo; y la distribución que se deriva del proceso productivo, que viene del “dios mercado”.
- 42 Dobb, pág.47.
- 43 *Ibid.*, pág. 48.
- 44 Se podría hablar también de “la propiedad” y el “contrato” como parámetros éticos (Hayek habla de la propiedad como condición de la “justicia”, “la libertad” y de la “civilización”, lo curioso es que esta defensa de la propiedad pasa por la negación de la propiedad fundamentada en el propio trabajo, y se convierte en una defensa de la propiedad capitalista. Ver Hayek, *Los orígenes de la libertad, la propiedad y la justicia*. Sin embargo, éstos lo son, más que de una escuela de pensamiento, del sistema capitalista mismo. La primera, al estar incorporada en el segundo, si bien los incluye, no los posee con exclusividad, ya que son propios de cualquier modelo y corriente de pensamiento que se apellide “capitalista”. Puede leerse sobre ellos en Hinkelammert, pág. 176.
- 45 Ver Hinkelammert, pág. 262.
- 46 *Ibid.*, pág. 263.
- 47 Por lo general, se asume o se acepta una identidad más: la de la legalidad y la legitimidad. Si algo es legal, se asume automáticamente que también es legítimo. Así, las medidas legalizadas en nombre de las empresas o en nombre del mercado, serían legítimas simplemente por ser permitidas en un marco de normas legales. Sin embargo, de acuerdo a Hinkelammert, la legitimidad no se termina en la legalidad, ni la supone. De hecho, muchas normas legales, pueden ser ilegítimas. Según el autor, la norma de legitimidad tendría que ser más bien la compatibilidad con las condiciones de sobrevivencia de la humanidad y de la naturaleza. Ver Hinkelammert, pág. 303.
- 48 *Ibid.*, pág. 265.
- 49 *Ibid.*, pág. 267.
- 50 Ver Hinkelammert, pág. 277 y siguientes. Es todavía más claro que se trata de un dogma cuando pensamos que en la actualidad se aprecia más la formalización matemática de la teoría neoclásica, que la confrontación que se le hace desde otras interpretaciones, así como su contraste con la realidad.
- 51 Hinkelammert, pág. 334.
- 52 Planteamientos alternativos ya existen, y desde hace años. De acuerdo a Dobb, fue la publicación del pequeño volumen de Piero Sraffa, en 1960, *Production of Commodities by Means of Commodities*, lo que marcó una época de intensa crítica (ya anunciada en el subtítulo: “Preludio a una crítica de la teoría económica”), “considerado como una rehabilitación del enfoque de Ricardo y Marx con respecto a los problemas del valor y la distribución desde el punto de vista de la producción, con el resultado consiguiente de que los precios relativos son independientes del patrón de consumo y de demanda. Era en verdad «la ignorancia de la influencia de la combinación de mercancías que los consumidores desean tener» y su «olvido de la composición de la demanda del consumidor»”. Dobb, pág. 279. Ver mismo autor para ampliar el tema.
- 53 Citado por Dobb, pág. 188.